

Tía Tibi

Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara

Universidad Autónoma de Nayarit

A veces se abre el cielo para atisbarnos el paraíso que nos toca. Dura apenas una fugacidad, los pasos de una niña subiendo la escalera, el arrancón de un coche en el que pudimos habernos ido, el instante de una fotografía, la brevedad de un nombre que no conocíamos.

La tía Tibi era parte de la casa como el pozo de agua, el corredor de mi infancia, la cocina olorosa en que pasaba el día. Casi no hablaba porque su sonrisa llenaba de paz a quien la veía. Tejíamos juntas durante las tardes del verano caliente de la costa, mientras mis hijas jugaban en la calle. Tirábamos agua frente a la puerta de la casa para que la tierra nos diera frescura. Cada tarde del verano sus ojos miraron a mis hijas con un cariño transparente. Ya casi para volver a la ciudad detuve mi tejido y algo habré interrogado porque volvió la mirada y me dijo: “cómo olvido la vida que no tuve”. Las palabras cayeron como tumulto en mi corazón porque la tía Tibi tuvo una vida simple, sin sobresaltos, ni nada. Había sido soltera y, a la muerte de mis padres, vivía sola en esta casa que visitábamos en el verano. Nadie sabía, a ciencia cierta, por qué era mi tía, pero lo era. Había estado ahí desde el principio y lo seguía siendo. Me confundió su mirada ciega de tanto mirar y casi con un murmullo empezó a decir:

“Me casé a los catorce años. He olvidado el nombre de mi esposo porque casi en cuanto nos casamos se fue al norte. Sus padres enviaban camiones de plátano y él se fue en uno de esos. Yo no soy

de este pueblo. El pueblo de donde soy se perdió en la inundación. Él me dejó aquí, en la casa de sus padres. Pasaron seis años y no volvía. Ya casi se cumplían siete años de la partida, cuando empecé a sentir en mi cuerpo la llegada de otra vida. Mi suegra se dio cuenta y me llevó al fondo de la casa hasta que nació la criatura. No pude ni mirarla. Ella me dijo que había muerto, pero nunca supe dónde la enterraron. En ese tiempo había letrinas. A veces pensaba que ahí la habían tirado. Por las noches me parecía escuchar el llanto de la criatura. Despertaba por las noches sobresaltada y de ahí me vino la costumbre de andar a oscuras por la casa. Pensaba en ese hijo sin abrir los ojos, sin usar sus oídos, sin su propio corazón para escuchar. Por las tardes, junto al pozo de agua se me figuraba su cara, sus manitas de leche. Tendría que parecerse a su padre porque fue lo único que me dio alegría: un joven que cantaba alrededor de la barda, que me enamoró. Recordar sus canciones, sus manos apretando las mías en las breves tardes en que me veía en el potrero. Él me veía y yo dejaba que me viera. Las tardes se apretujaban unas con otras de tan rápido que pasaban. No me pude ir con él porque no podía dejar a mis suegros solos, así viejos como estaban. Por eso no me fui con el papá de mi hijo.

Nadie dijo una palabra, fue algo que no ocurrió. Hasta llegué a creer que no había pasado. No sé si mi suegra le dijo a su hijo, porque él nunca volvió. Ellos tampoco esperaban su regreso, así que me quedé cuidando la vejez de mi suegra, la enfermedad de mi suegro. Les decía padres porque así se acostumbraba en esa época. Casi perdí el habla mientras ellos vivieron. No me trataban mal, sólo vivía aquí como el encargo de un hijo que no volvió. Yo, no, nunca tuve hijos porque olvidé el que había tenido de tanto no nombrarlo. Ninguna palabra lo hizo gente. Todos se fueron yendo de la casa poco a poco. Sólo quedamos mis suegros y yo. Las palabras sobraban entre nosotros. Aunque habíamos olvidado, estábamos cansados de cargar la vida. Nadie se arrimaba a la casa. Primero murió mi suegra. Sus grandes ojos a la hora de su muerte todavía me espantan. No me reprochaba, sólo que no tenía paz. Así murió, acordándose. Después, cuando murió mi suegro, quedé libre de todo ese tiempo cuando no pude ni vivir mi soledad”.

Hizo una pausa. Yo la miraba rehacerse en las palabras mientras caía la brisa de la tarde.

Mis niñas cantaban rondas levantando murallas de música alrededor de nosotras. Era como si otro corazón aleteara en el pecho de la tía Tibi. Luego, agregó:

“Hace como diez años estaba barriendo la banquetta. Era la hora de la mañana, cuando el sol no termina de salir. Fresqueaba. Para que no se devolviera el polvo, cerré la puerta. Se detuvo un coche en la acera de enfrente. Bajó un joven y miró la casa detenidamente. Fue hasta la esquina y volvió sobre sus pasos. Sentí el tiempo viviente cuando me preguntó “¿vive aquí Josefina Molina?”. Me había olvidado de mi nombre. Oírlo en la voz de un desconocido me hizo temer algo que no me correspondía. “No”, le respondí. El joven siguió hablando como para sí mismo “me dijeron que en esta casa vivía. Mi padre me dio todas las señas antes de morir. Quería que viniera por ella”.

Me preguntó quién habitaba la casa. “Todos murieron”, le dije. “Usted cuida y barre la casa”, siguió diciendo como para sí mismo. Se acercó de nuevo al coche y dio la mano a una niña. Pasaron a la escuela los hijos de Natividad con su barullo y me gritaron “adiós, tía Tibi”, les devolví el saludo con la mano porque allá en el sitio del corazón una catarata se empezaba a juntar. El joven y la niña se dirigieron a la tienda. Regresaron tomando agua. El joven, deslumbrado, se la daba a la niña y le explicaba “aquí vivió tu abuelita”. ¿Cómo era mi abuelita, papá?”. “Era una noche azul, por eso a ti te puse su nombre. Mi padre la amaba, pero no pudo venir por ella. Decía que cuando la veías era como contemplar una noche azul.”

“Sacó una cámara fotográfica y tomó varias fotos de la casa. Después tomó a la niña de la mano y subieron al coche. “Me hubiera gustado conocerla”, dijo. Me dio las gracias y vi cómo el coche se iba perdiendo en su pequeñez al alejarse al final de la calle.

Nadie en el pueblo recordaba mi nombre porque yo en este pueblo nunca tuve nombre. Si preguntó en la tienda no le supieron decir. Yo misma había olvidado mi nombre. ¿Cómo sería mi vida con un hijo, una nieta a la que podía tomar de la mano? No estaba preparada para esa vida. No sabía qué debía sentir, qué debía pensar. Por esto te digo, cómo podré olvidar la vida que no tuve”.

El viento traía el sonido del verano inminente. La tía Tibi siguió diciendo el olvido de su nombre sin dejar de mirar a mis hijas. En ese olvido, en esa edad sin fondo, mis hijas se convertían en recuerdos de un paraíso desconocido, abierto un segundo en alguna orilla. ■